Bartolo y los cocodrilos mágicos

Mauricio Paredes

Ilustraciones de Verónica Laymuns





2016, Santillana del Pacífico S.A. Ediciones
Andrés Bello 2299 piso 10, oficinas 1001 y 1002
Providencia, Santiago de Chile
Fono: (56 2) 2384 30 00
Telefax: (56 2) 2384 30 60
Código Postal: 751-1303
www.santillanainfantilyjuvenil.cl

ISBN: 978-956-15-2712-6
No de inscripción: 226.203
Impreso en Uruguay. Printed in Uruguay.
Impreso por: Imprimex S.A.
Tercera edición en Santillana Infantil y Juvenil: septiembre de 2017
7 ediciones publicadas en Chile por el Grupo Santillana

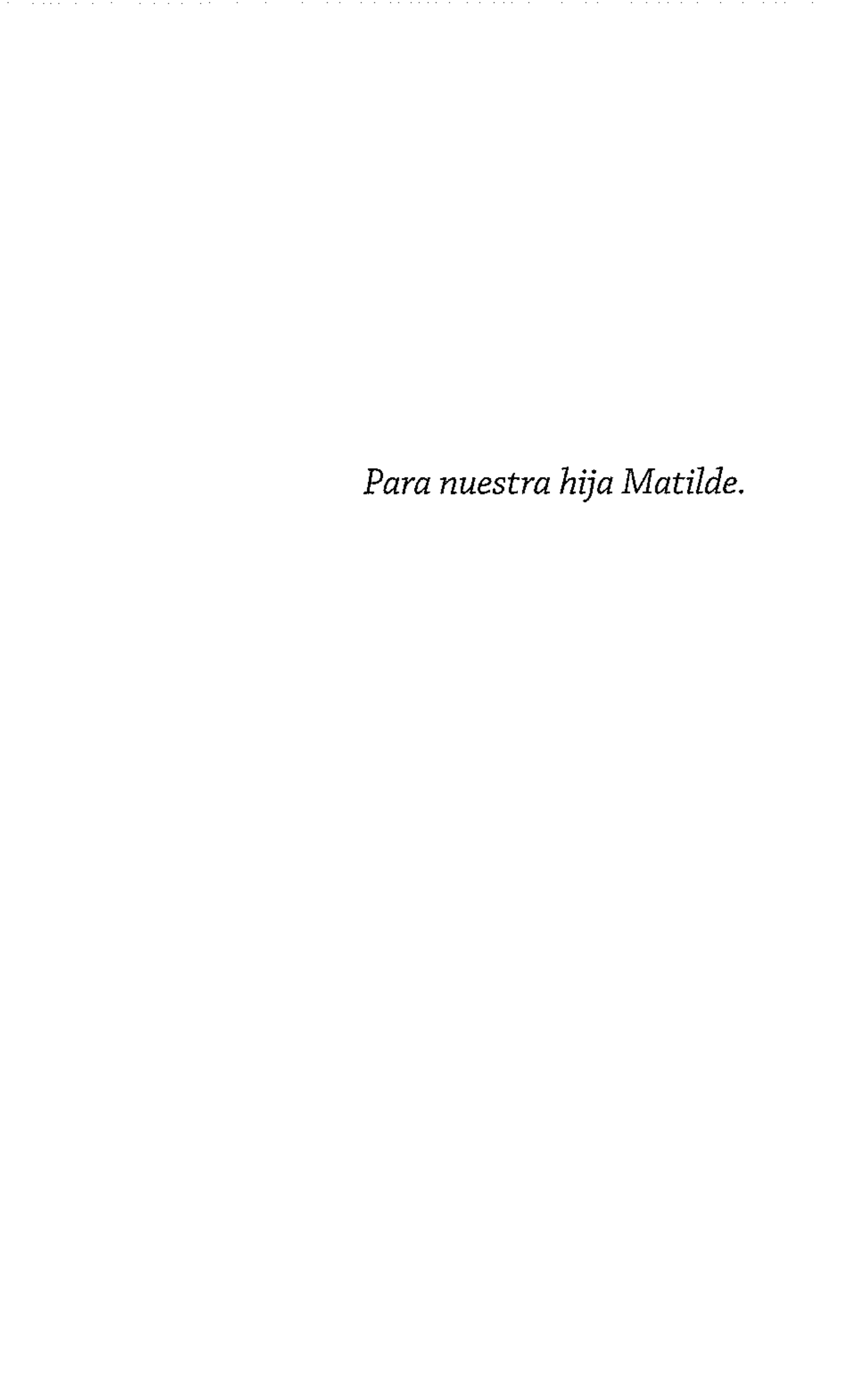
Dirección de Arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Ilustración de cubierta:
Verónica Laymuns

Bartolo y los cocodrilos mágicos

Mauricio Paredes





Para nuestra hija Matilde.

Bartolo, siempre Bartolo

Había una vez un niño que siempre se llamaba Bartolo. Se llamaba Bartolo en la mañana, se llamaba Bartolo en la tarde y se llamaba Bartolo en la noche. Claro que no se llamaba él mismo, lo cual sería muy raro, sino que los demás lo llamaban así.

A Bartolo le gustaba ir al colegio, jugar con sus amigos, comer helado de canela y también, de vez en cuando, salvar el mundo con la ayuda de su cama voladora.

Un día, que parecía un día común y corriente, Bartolo estaba en la casa de su amiga... y más que amiga, llamada Sofía. También estaba un zorro parlanchín que se llamaba Oliverio.

El día parecía normal hasta que unos co-

codrilos tocaron la puerta, entonces pasó a ser un día sumamente estrafalario y misterioso. Los cocodrilos venían vestidos como agentes secretos: con abrigos negros, corbatas negras, anteojos negros y hasta sombreros negros. Les pidieron ayuda porque tenían un problema de otro mundo, pero era todo muy secreto. Sus nombres secretos eran 0067 y 0066, por la cantidad de dientes que tenía cada uno.



—No les podemos revelar nuestra verdadera identidad. ¿Cierto, Fernando?

El otro cocodrilo saltó y pataleó de rabia.

—¡Pero, Bernardo, si es secreto, se supone que no lo podemos decir!

—Pero tú también lo dijiste ahora. ¿Cierto que lo dijo? —le preguntó a los demás y todos asintieron.

—Bueno, está bien, dejemos los nombres secretos de lado, pero la misión a la cual les pedimos que nos acompañen es confidencial, así que nuestros labios están sellados —dijo Fernando.

—Y fíjense que tenemos los labios muy largos y grandotes —agregó Bernardo, es decir, el agente 0066.

Entonces, Bartolo dio un paso al frente para hablar:

—Comprendemos que su problema debe ser muy grande y les agradecemos que hayan acudido a nosotros para ayudarlos —dijo con voz serena—. Pero las cosas no son tan

sencillas, mi mamá se va a preocupar si me desaparezco, aunque la pobrecita ya está acostumbrada... Tenemos que tomar una decisión, espérennos un momento, por favor.

Sofía, Oliverio y Bartolo se fueron a una esquina de la habitación y se abrazaron formando un círculo. Mientras, Fernando miraba su reloj negro y Bernardo se limpiaba la oreja con la punta de la cola. Finalmente, el círculo se desarmó y fue Sofía la que dio la respuesta:



—Está bien, hemos decidido ayudarlos... —alcanzó a decir apenas, porque el cocodrilo Bernardo se le tiró encima para darle abrazos.

—¡Gracias, gracias, es lo mejor que me ha pasado en la vida!

—¡Tranquilo, Bernardo! —le dijo Fernando para que se calmara.

—Sí, zas-tamente, tren de kilo, Barnizando, porque fíjate en una fijación y es que yo soy el regalón de Sofía —dijo Oliverio, dejando las cosas muy claras.

Sofía continuó:

—Como decía, hemos decidido ayudarlos, pero con una condición: tenemos que estar de vuelta antes del anochecer, para que a nuestros papás no les dé un patatús. ¿Les parece bien?

—Claro que sí, agente 00S —dijo Fernando—. Muchísimas gracias —y le estrechó la mano a Sofía tan fuerte que casi se la revienta, lo mismo hizo con Bartolo y con Oliverio, que aulló de puro dolor.

—¡Entonces, vamos a la cama mágica! —exclamó Bartolo—. ¡Nos espera una gran aventura!

Y así era, de hecho ni siquiera el propio Bartolo tenía idea de la inmensa aventura que los esperaba. Era una aventura de otro planeta.

Magia común y corriente

Bartolo, Sofía, el zorro Oliverio y los cocodrilos Fernando y Bernardo salieron por la puerta rumbo a la casa de Bartolo, que quedaba en la misma calle, muy cerca. Pero los cocodrilos se tomaban muy en serio lo de sus identidades secretas y caminaban agazapados, pegando a la muralla sus cuerpos verdes envueltos en ropa negra. Miraban para todos lados dando vuelta sus cabezas, como si alguien los estuviera siguiendo. Se podría decir que reptaban, lo cual es lógico, porque se trataba de un par de reptiles. La gente los miraba con cara rara, un poco porque no es normal ver a dos cocodrilos vestidos de detectives, pero principalmente por todo el aspaviento que hacían.

—¿Todo bien al frente, agente 0067? —dijo Bernardo.

—Todo despejado —le respondió Fernando. Utilizaban un sistema de comunicación que consistía en dos envases vacíos de yogur unidos por un hilo que, al ponerse tenso, permitía escuchar lo que el otro decía.

Así, saltando de un lado para otro haciendo mucha alharaca, llegaron a la casa del héroe de los niños, ahora también llamado agente 00B, es decir, la casa de Bartolo.

Corrieron al segundo piso, se sentaron todos sobre la cama y Bartolo se concentró para hacerla partir.

—¿Funciona con un motor turbo ventilado? —le preguntó Bernardo.

—No —le respondió Bartolo—, funciona con magia.

—¿Algo así como suspensión magnética? —indagó Fernando.

—No —volvió a decir Bartolo—, es magia común.

—Magia común, ¿como un paracaídas? —volvió a preguntar Bernardo—. Nosotros llegamos en paracaídas. Fue muy emocionante.

—No, no y no —dijo Bartolo, un poco exasperado con tantas preguntas—. Es magia común y corriente.

—¡Ahhh! —dijeron sorprendidos los dos cocodrilos al mismo tiempo y sacaron unas libretas en donde anotaron afanosamente:

Magia común y corriente

—Debe ser una magia muy especial para ser tan común, ¿cierto, Bernardo? —preguntó Fernando.

—Y corriente también, mi querido compañero. Las cosas que funcionan con corriente pueden ser muy peligrosas.

—Por favor —intervino Sofía con cariño, pero con la voz firme—, ¿podemos estar en silencio para que Bartolo se concentre?

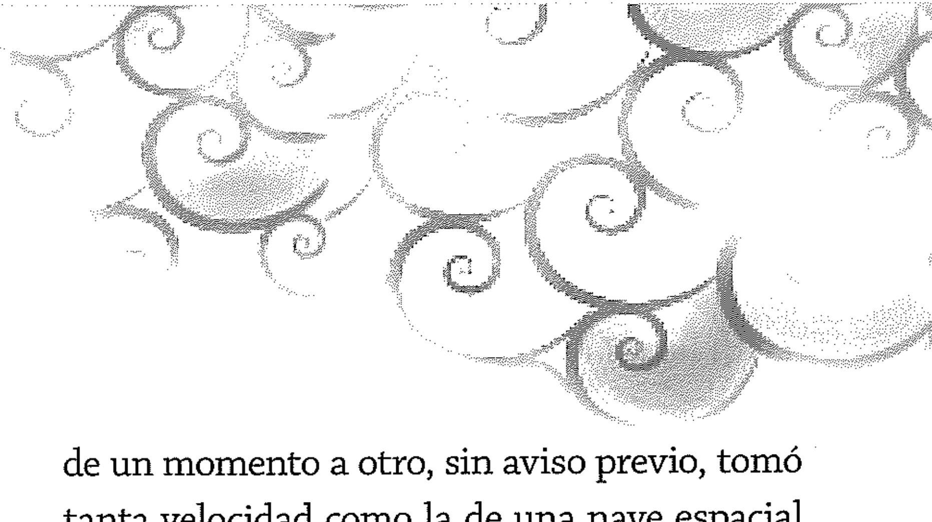
Finalmente, los cocodrilos se quedaron callados y Bartolo cerró los ojos apretados para usar toda su fuerza mental.

—¡Fuerza mental, fuerza mental, que se levante la cama! ¡Vamos, camita mágica! —exclamó sin moverse, pero haciendo fuerza para elevar su mueble volador.

Entonces, la cama levitó con todos ellos encima, al mismo tiempo que se abría un agujero en el techo, por donde pasó tranquilamente como si no tuviera apuro.

—Querida cama —dijo Bartolo—, quizás tú no estás apurada o todavía tienes sueño, pero nosotros vamos en una misión urgente. ¿Podrías ir más rápido?

La cama, al parecer, sintió su orgullo herido, porque



de un momento a otro, sin aviso previo, tomó tanta velocidad como la de una nave espacial con destino a Marte.

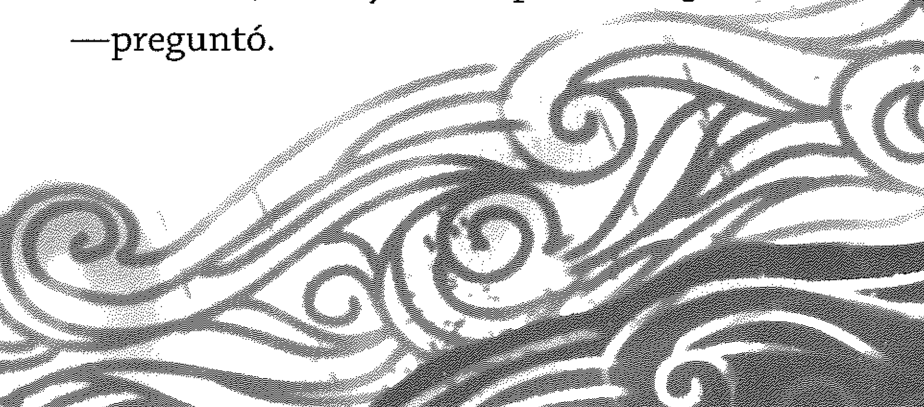
—¡Con testigo amarte! —gritó Oliverio, agarrándose como pudo de las sábanas.

Cruzaron las montañas y Bartolo fue siguiendo las instrucciones de los cocodrilos.

—Nosotros vivimos en una isla —le dijeron—. Hay que llegar hasta el medio del océano.

Oliverio dio un salto emocionado.

—O sea, no hay donde perderse, ¿cierto? —preguntó.



Todos rieron y Sofía le explicó la diferencia entre «océano» y «o sea no».

Viajaron por sobre el océano Atlántico hasta llegar a un lugar en donde no se veía tierra por ninguna parte, solamente mar abajo y cielo arriba. Era muy solitario, algo sumamente misterioso. No había una sola nube... no, en realidad había una única nube flotando tranquila en las alturas, un poco más arriba de donde estaban ellos.

—¡Hogar, dulce hogar! —dijo el agente 0066, o sea, Bernardo.

—¿Quién dijo dulce? —preguntó Oliverio, que venía durmiendo una siesta durante el viaje—. ¡Yo quiero comer! ¡Qué ricos y súper deliciosos son!

Sofía, Oliverio y Bartolo miraron para todos lados, pero solamente se veía esa nube gordita como una oveja voladora.

Sofía les habló a los cocodrilos:

—Queridos amigos, no vemos una isla por ningún lado. ¿No se habrán confundido?

—No, vamos bien —exclamó Fernando—. Tranquila, ya estamos a punto de llegar.

—¡Ahí está! ¡Esa es nuestra isla! ¡Es el Reptágono! —gritó emocionado Bernardo.

—¿Su isla es una nube? —preguntó Bartolo, intrigado—. Yo conozco una nube donde viven tres chascones celestes, pero no es una isla.

—¡Ah, sí, los rockeros de los cielos! —dijo uno de los dos cocodrilos, pero en realidad no se puede decir cuál de los dos porque eran muy parecidos—. Ellos son nuestros amigos y nos lanzan cosas útiles a nuestra isla. Si no fuera por ellos, ya estaríamos extintos, como nuestros bisabuelos los dinosaurios.

—Pero no —dijo el otro cocodrilo.

—¿Pero no qué? —preguntó Sofía, que cada vez entendía menos la situación.

—Pero nuestra isla no es una nube, es decir, parece una nube por debajo, pero por encima es muy diferente.

—¡Ya les mostraré cómo atravieso la nube para llegar a su superficie! —exclamó Bartolo con voz de triunfo, apuntando con su dedo índice hacia el lugar donde flotaba la isla voladora—. ¡Cama mágica, a toda velocidad!

Los cocodrilos se lanzaron encima del niño superhéroe.

—¡No, cuidado, no la puedes atravesar, por encima es de tierra y roca sólida!

—¿¡Qué!? —exclamó y preguntó Bartolo al mismo tiempo, con horror.

Ya iban sumamente rápido, y aunque la cama no chocó por debajo, sí cayó como un ropero sobre la tierra que cubría la nube.

¡Bum, paf, crac, poing! Sonó el pobre mueble en su aterrizaje forzoso. De hecho fue tan forzoso, que la cama se rompió en un montón de pedazos y sus tripulantes cayeron de cabeza al suelo.

—¡No, mi cama mágica! —gritó Bartolo, de rodillas en el suelo—. ¡Perdona, camita,

yo te arreglaré, como sea, pero lo haré, te lo prometo!

—La podemos apegar con pega miento pulcra residente —dijo Oliverio, tratando de explicar que la podían pegar con pegamento ultrarresistente.

Después de lamentarse, Bartolo levantó la mirada y vio la maravillosa isla voladora conocida como el Reptágono. Era una gran selva, con plantas y árboles verdes por todas partes. La vegetación era tan tupida, que apenas se podía avanzar entre tantos arbustos diferentes.

—Esto es fantástico —dijo Bartolo, mirando hacia el horizonte, donde llegaba el borde de la isla y se acababa la tierra, pero no seguía el mar, sino el cielo—. Yo tengo una cama voladora, pero una isla que flota girando al mismo tiempo que el planeta es algo que nunca me podría haber imaginado. Ustedes dijeron que habían llegado en paracaídas. ¿Se tiraron desde este borde hacia abajo?

Uno de los cocodrilos se acomodó el sombrero negro y el otro ajustó su corbata negra antes de dar una respuesta.

—Precisamente —dijo Fernando—. Nos lanzamos con nuestros paracaídas.

—Pero cayeron en el medio del mar —intervino Sofía.

—Bueno —dijo Bernardo—, somos cocodrilos, por lo tanto somos muy buenos para nadar.

Bartolo volvió a mirar el horizonte, paralizado y ensimismado en sus pensamientos. Sofía lo tomó suavemente del hombro y lo giró para que mirara hacia el lado contrario. Lo que vio lo dejó helado como la punta de la nariz de un esquimal resfriado en invierno.

Sorpresas secretas

En el centro de la isla había una gran montaña, que mejor dicho semejaba un volcán, y justo en su cráter estaba atascado algo que parecía un meteorito.

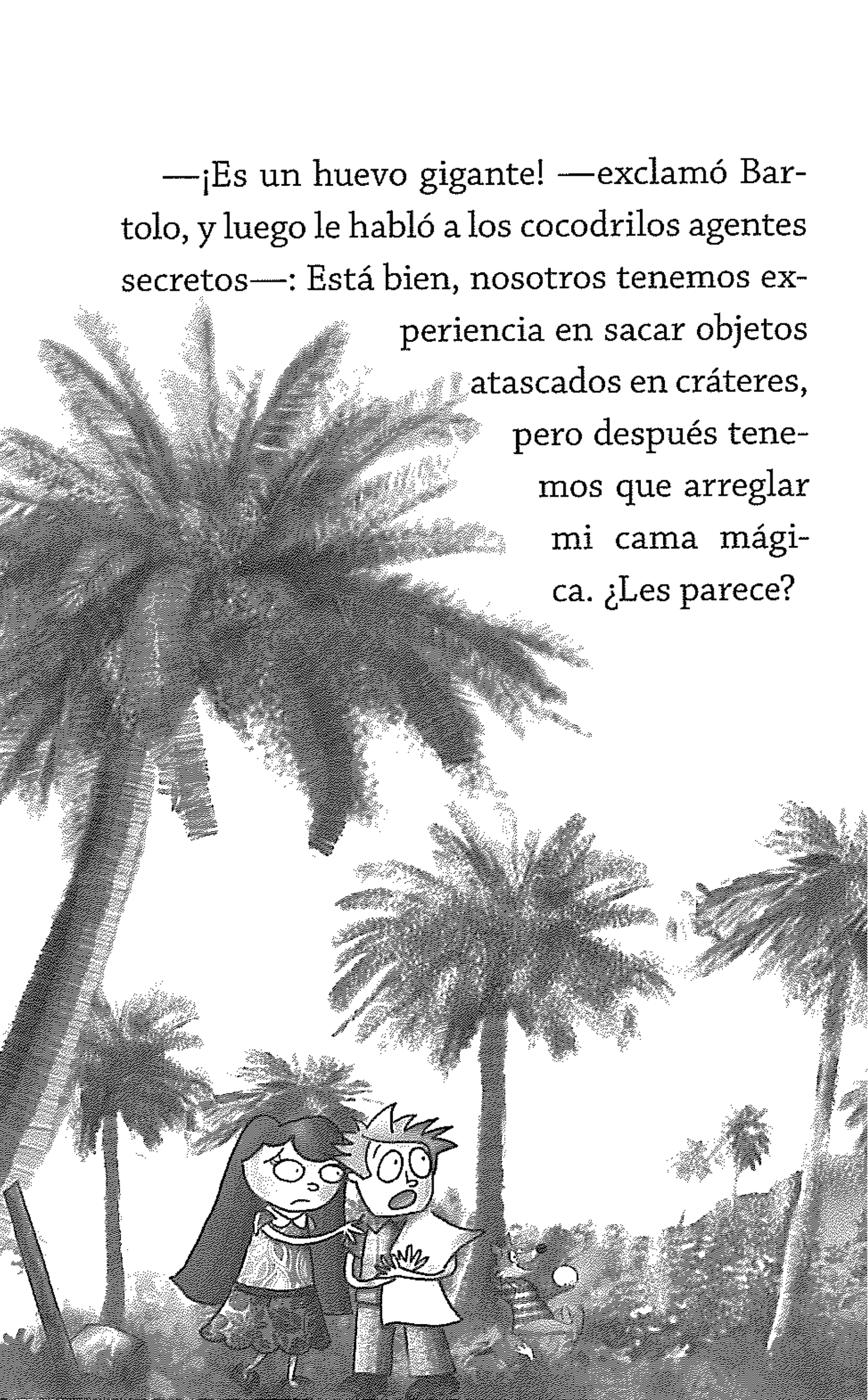
—¡Otra vez un remoto arito! —refunfuñó Oliverio.

Pero no, esta vez era diferente. Sofía fue la que se dio cuenta y habló:

—Fíjense, no es un meteorito —dijo, apuntando con el brazo estirado hacia el gran objeto que se había atascado en el volcán al centro de la isla—. Es liso y se ve suave, y además es de color crema.

—¡Un mi tío rico de crema! —aulló Oliverio—. ¡Vamos a zamparlo a lora del mismo!

—¡Es un huevo gigante! —exclamó Bartolo, y luego le habló a los cocodrilos agentes secretos—: Está bien, nosotros tenemos experiencia en sacar objetos atascados en cráteres, pero después tenemos que arreglar mi cama mágica. ¿Les parece?



Los dos cocodrilos se pusieron a saltar al mismo tiempo de felicidad.

—¡Yupi, hurra, nos van a ayudar a sacar el objeto espacial! —gritaban, mostrando todos sus dientes mientras se abrazaban de tan contentos que estaban.

Luego, sacaron sus libretas y anotaron:

Es un huevo gigante y el zorro
que habla enredado se lo quiere comer

Entonces, se pusieron en marcha. Bartolo se despidió de su cama machucada.

—Volveré para arreglarte, camita. No te preocupes —le dijo.



Uno de los palos que estaba en el suelo era una de las patas de la cama y se despidió como pudo, doblándose de un lado para el otro, como para decir adiós.

Así, nuestros paladines de las lecturas infantiles caminaron hacia el pueblo del Reptágono, que es donde vivían los cocodrilos Fernando y Bernardo. No era muy lejos, porque la isla era pequeña, pero hacía un calor aplastante, ya que estaban en la latitud del ecuador, en medio del trópico. Bartolo iba transpirando y se le hacía difícil respirar.

—¿Cuánto falta? —preguntó, apoyando sus manos sobre sus rodillas—. Siento que me derrito.

—¡No, niño Bartolo! —exclamó Oliverio—. ¡No te derritas, porque si no los croco-dilos te van a comer igual que anhelado de crema!

Bartolo sonrió.

—Un helado de crema, querrás decir —le dijo al zorro.

—Eso mismo, únela do crema —respondió a su manera Oliverio.

En ese momento, los cocodrilos se detuvieron y se agacharon.

—¡Shhh! —dijo uno de ellos—. Ya casi llegamos. Escóndanse, para llegar en forma secreta.

—¿Pero por qué? —preguntó Sofía—. ¿Acaso no es su propio pueblo?

—Sí —dijo Bernardo—, pero así es más secreto. A los cocodrilos nos encantan los secretos.

Se pusieron en cuclillas todos juntos para avanzar muy lentamente, cuando de pronto...

—¡Plam, plam, plam! —se escucharon fuertes sonidos que provenían de todas partes—. ¡Los tenemos rodeados!

De entremedio de las ramas saltaron muchos cocodrilos, que les cerraron el paso. No tenían puesta la ropa de agentes secretos de Bernardo y Fernando, pero sí los anteojos oscuros.

—¡Somos los cocodrilos mágicos y vivimos en la isla llamada Reptágono! —dijo el que se acercó primero.

—¡Qué susto tan grande! —dijo Sofía—. ¿Qué nos van a hacer? Nosotros venimos en paz, de hecho venimos a ayudarlos.

—Sí, lo sabemos —dijo el cocodrilo, mostrando todos sus dientes en una amplia sonrisa—. Pero es que nos gusta mucho jugar a las escondidas y dar sorpresas.

—¡Sorpresas, como las de los cumpleaños! —dijo Oliverio—. Yo requiero la mía con muchisísimos caramelos, for pavor o por favor, o como se diga.

Bartolo se acercó al que parecía el cocodrilo jefe y le habló en representación de los demás:

—Tal como dijo Sofía, nosotros venimos en paz.

—No, niño Bartolo, vinimos en cama voladora. ¿No te acuerdas? —lo interrumpió el zorro.

Bartolo le agarró el hocico a Oliverio y se lo apretó. No muy fuerte, pero lo suficiente para que se quedara callado mientras él hablaba.

—Sus amigos Bernardo y Fernando nos pidieron ayuda para sacar el objeto que cayó en su volcán. Aterrizamos en mi cama voladora, pero tuvimos un accidente y se rompió. Yo no me imaginé que sobre una nube pudiese haber tierra y menos tanta como para que fuese una isla hasta con ciudad y todo.

En ese momento, Bartolo miró hacia el horizonte y quedó tan impresionado con lo que vio, que le soltó el hocico a Oliverio sin darse cuenta y avanzó unos pasos lentamente, sin parpadear ni una sola vez.

—¿Qué, qué? —balbució, es decir, habló con dificultad.

—¿Queque? ¿Vamos a comer queque? —preguntó Oliverio—. Yo oí clarito que dijiste queque y no me agarres mi hociquito porque me lo apachurras.

Bartolo se refregó los ojos porque no lograba creer lo que veía: frente a ellos estaba la ciudad de los cocodrilos y sus casas... ¡Sus casas eran como relojes de arena, pero en gigante!

—¡Son iguales que las de Asombrilla, la ciudad secreta en la cordillera de los Andes!

Sofía se acercó a Bartolo y lo tomó de la mano.

—Es verdad, qué increíble. ¿Por qué ustedes las hicieron así?

Los cocodrilos se sorprendieron y los miraron confundidos. Algunos estaban todavía detrás de los arbustos, otros arriba de los árboles y otros inspeccionaban a Oliverio, que les pareció un animal muy curioso.

—¿Cómo que las hicimos así? —dijo Fernando—. Nosotros no las hicimos, nos llegaron de esa forma.

Sofía no comprendía lo que el cocodrilo quería decir.

—¿Les llegaron de dónde? —preguntó

muy extrañada—. Una casa no es algo que se mande por sobre o en un paquete, precisamente.

—No, nos llegaron del cielo, pero no del espacio como el huevo gigante —respondió el reptil—. Nos las lanzaron nuestros amigos que viven en una nube, parecida a la nuestra, pero sin tierra encima, y son rockeros. Ya les habíamos hablado de ellos, ¿recuerdan?

—¡Los chascones celestes! —exclamó Bartolo—. Esto resuelve el misterio de las casas de Asombrilla, la ciudad asombrosa que es una maravilla. Los chascones celestes deben haber lanzado casas con forma de reloj de arena ahí también.

Bernardo se puso a saltar como un loco, haciendo piruetas en el aire.

—¡Se resolvió un misterio, se resolvió un misterio! ¡Qué felicidad, la la la la la! Y eso que recién vamos en el capítulo tres.

—Tranquilo, Bernardo —le dijo Fernando, acomodándose su sombrero negro.

—¡Sí, yo estoy tranquilo, tú estás tranquilo, él está tranquilo, nosotros estamos, vosotros estáis tranquilos y ellos están tranquilos! —gritó Bernardo como un loco—. ¡Qué tranquilidad!

Sin perder tiempo, los protagonistas de la historia corrieron hacia el pueblo Reptágono sin importarles el calor. Todavía quedaba por resolver el gran problema del huevo gigante atascado en el volcán. No se imaginaban que aún les aguardaba una sorpresa de otro mundo.

La isla voladora

Cuando llegaron a la ciudad de los cocodrilos, ellos les ofrecieron comida. Les dieron un sándwich de jamón y queso a cada uno, y jugo natural de mango para la sed.

—Deben tener energía para poder escalar la montaña.

Oliverio engulló su emparedado y luego se sentó como un intelectual para hacer una pregunta:

—Dinos, cocorocó-drilo, ¿cómo se llama la montañota? Por favor, dinos.

—Sauria —respondió el agente 0067.

—¿Dinosauria? —consultó intrigado el zorro—. ¿¡Tienen una dinosauria en la montañota!?

Los cocodrilos quedaron muy confundidos con la conclusión de Oliverio.

—No, se llama solamente Sauria, ese es su nombre, agente 00O, que no es triple cero sino que cero cero O. Tú dijiste «dinos» y yo respondí «Sauria».

Sofía le ofreció la mitad de su pan al zorro preguntón y lo acarició detrás de las orejas. Eso le encantaba y siempre se ponía manso cuando se lo hacía.

—Yo también tengo una duda —indagó la niña—. ¿Cómo puede ser que nadie haya descubierto su isla? Me refiero a algún avión que pueda pasar cerca y los vea.

Bernardo saltó sobre la mesa para dar la respuesta:

—Es muy sencillo, Sofía, también conocida como agente 00S. Si pasan por debajo, entonces miran hacia arriba y solamente ven una nube gordita y nada más. Si pasan por arriba ven una isla como si estuviera abajo en el mar. Fantástico, ¿cierto?



—Sí, es fabuloso —afirmó Bartolo.

Pero Sofía todavía no aclaraba totalmente su duda.

—¿Y si el avión viene por el frente?

Ahora fue Fernando el que habló con sus grandes y colmilludas fauces:

—Eso nunca ha pasado, hasta ahora. Pero el día en que pase, ojalá que no se incruste contra nuestro querido Reptágono.

Ojalá que nunca nos choque un avión

Fue lo que anotó en su libreta.

—Bueno, ha sido una conversación muy interesante, pero ya debemos partir —dijo Bartolo—. Recuerden que no queremos llegar después del atardecer. ¿Están todos listos para la aventura?

—¡Sí! —exclamaron todos a coro.

En ese momento llegó un cocodrilo y le dijo un secreto al oído a Fernando. Él, a su vez, le habló cerca de lo que sería la oreja de Bernardo si es que tuviera orejas. Y Bernardo, que tenía a Oliverio sentado al lado, también le habló susurrando.

El zorro casi se atraganta con la impresión.

—¡¿Qué?! ¡No puede ser! —aulló—. Niño Bartolo, los cuesco-drilos remendaron y restaurante-aron tu catre volátil, o mejor dicho, tu cana de México.

—¿Mi cama mágica? ¿La arreglaron? —preguntó el niño, impresionado.

—Sí —dijo un cocodrilo que venía transpirando de tanto trabajar—. Entre varios la armamos de nuevo, trabajamos y trabajamos y la dejamos impecable. Hasta la lijamos con nuestras escamas y la barnizamos, y ahora fíjate cómo brilla.

Y era verdad, la cama estaba más reluciente que nunca.

Bartolo corrió hacia su cama y la cama también corrió hacia él, caminando en las dos patas traseras. Entonces se dieron un abrazo, en donde la cama dobló sus patas delanteras alrededor del cuello de Bartolo y él se apretó al colchón. Fue la escena más tierna de amistad que se ha visto entre un



niño y un mueble. A Sofía incluso le cayó una lágrima de la emoción.

—¡Gracias, muchas gracias! —le dijo Bartolo a los cocodrilos mueblistas—. Ahora con mayor razón quiero ayudarlos a resolver su problema del meteorito, piedra, huevo o lo que sea que se atascó en su volcán. Aunque, ahora que lo pienso, ¿por qué les molesta tanto que esté la montaña tapada? ¿No les gustaría dejarla así, tal cual? Se los pregunto no porque me dé flojera, pero quizás podría ser una bonita ornamentación —terminó de decir y se sentó sobre su querida cama, acomodándose con la almohada.

Fernando metió sus manos en los bolsillos de su abrigo negro y caminó muy serio hacia Bartolo, iba en puntillas, para que nadie pudiera oírlo, lo cual no tenía mucho sentido porque todos lo podían ver.

—Si lo dejáramos así, nuestro volcán no podría hacer erupción y no tendríamos algodón de dulce nunca más.

Bartolo quedó tan impactado, que tuvo que echarse para atrás sobre la cama mientras miraba el cielo, pensativo. «Siempre me tienen que tocar aventuras tan enredadas de resolver. Yo no soy un superhéroe, ni siquiera un superniño. Soy totalmente normal, pero siempre me tocan situaciones que no son normales», pensó, pero no dijo nada, solo dejó salir un gran resoplido de sus pulmones.

Sofía fue la que preguntó:

—¿Algodón de dulce? ¿Por qué dices algodón de dulce? —preguntó—. Los volcanes de donde nosotros venimos, cuando hacen erupción botan lava.

—¿Lava? —dijo Bernardo, el que era más exagerado—. ¡No, lava no, por piedad! Nuestro volcán lanza algodón de dulce desde abajo de nuestra isla voladora. Es nuestra fiesta nacional y comemos hasta quedar redondos.

—Esa idea me parece muy ori-genial —dijo Oliverio—. Yo los podría ayudar.

—Pero sigo sin comprender —inquirió Bartolo—. Debajo de esta isla hay una gran nube. ¿Dónde está el algodón de dulce?

Fernando hizo un silencio muy misterioso, para darle mayor emoción al momento. Luego, habló con palabras lentas y precisas, como todo detective profesional sabe hacerlo.

—Escuchen con atención, niños y zorro extranjeros. La nube es el algodón de dulce. Parece nube, pero en realidad es un algodón de dulce gigante. Por eso tiene un tono un poco rosado, como las nubes a media tarde. Se forma con el viento que recoge la isla al ir volando y cuando se acumula mucho, entonces viene una erupción y hacemos el fiestón.

Oliverio no cabía en sí de alegría.

—¡Esta es una ínsula mar al brillosa! —gritó a todo pulmón.

Bernardo agarró al zorro antes de que se pusiera a dar volteretas por todos lados.

—¡Calma, amigo peludo! —gritó aun más fuerte que Oliverio—. Luego, se puso frente a Bartolo—. ¡Cálmate tú, niño de los pelos parados! —después avanzó hacia Sofía—. ¡Y cálmate tú también, niña sonriente!— Y finalmente se paró frente a Fernando, el agente 0067. —Y tú...

—¡Para! —le dijo con tono de autoridad—. Ya estamos todos calmados, el único que sigue como un loco eres tú. Cálmate.

—Bueno —dijo Bartolo—, ahora que tengo mi cama restaurada, podemos ir volando hasta la punta del cerro y sacar el huevo tirándolo.

—No es tan elemental, mi querido Bartolo —dijo el reptil agente secreto 0067, es decir, Fernando—. Como somos muy bue-

nos lectores, ya nos hemos informado y sabemos que tirar del objeto atascado no da muy buenos resultados. A menos que...

—¡A menos que usemos las lianas! —chilló el agente 0066.

—¿Qué tiene que ver la Eliana en todo esto? —preguntó, intrigado, el zorro.

—Nada, Oliverio, Bernardo se refiere a las lianas, unas plantas que crecen como ramas y que cuelgan de los árboles. Son muy resistentes, de hecho uno puede colgarse de ellas y balancearse.

—Todo muy lindo, pero eso de baloncesto me da un poco de terror, miedo y una pizca de susto —explicó el zorro.

Sofía se paró en medio de todos.

—Entonces, lo que debemos hacer es ir volando con la cama mágica hasta la base del volcán, recolectar muchas lianas para amarrar el huevo y luego hacer fuerza con la cama para tirarlo.

—¡Exacto! —exclamó Fernando—. Esa es

justo la idea que se nos había ocurrido. ¿Qué piensas tú, Bartolo? ¿Nos ayudarás a solucionar el problema caído de otro planeta?

Bartolo estaba muy pensativo.

—Claro que sí, pero hay que pensar en varias posibilidades. Si no nos resulta este, entonces debemos hacer otro plan.

—¡Hacer planes secretos! —dijo Bernardo, casi como si fuera un cocodrilo que pudiera ladrar—. ¡Nos encantan los planes secretos!

Así fue que se subieron todos a la cama; luego, Bartolo se concentró al máximo y salieron volando en dirección a la gran montaña, en medio de la isla voladora.

Las trenzas de Eliana
(mejor dicho, de liana)

Mientras volaban, Sofía le tomó la mano a Bartolo.

—¿En qué piensas? —le preguntó—. Te veo muy concentrado, más de lo normal.

Bartolo sintió que sus mejillas se ponían rojas. No había nada que pudiera ocultarle a esa niña que tanto le gustaba.

—Me da vueltas en la cabeza el origen del huevo. Si llegó volando del cielo y no fueron los chascones celestes los que lo tiraron, entonces tiene que ser algo extraterrestre.

—Claro, por eso es un problema de otro planeta —complementó la niña.

Bartolo le tomó la otra mano, mientras la cama viajaba en piloto automático y la miró a los ojos.

—Sí, es cierto, pero entonces lo que tiene dentro es un extraterrestre. ¿Y qué pasaría si se abre el huevo? Quién sabe qué ser espacial saldría del interior. Está la posibilidad de que no sea pacífico, sino un monstruo feroz que nos devore a todos.

Oliverio, que había estado oyendo a escondidas, se metió debajo del cubrecama.

—¡Yo no quiero que me demore un demostró feo arroz!

—¡Oliverio, no se escuchan las conversaciones ajenas! —lo increpó Bartolo.

—No seas tan estricto con él —dijo Sofía y sacó al zorro de debajo de las mantas para acurrucarlo—. Solo nos queda esperar.

—Yo ¡oh, pino! que mejor nos zampemos el huevo o hagamos una tortilla.

—Tranquilo, mi zorrito regalón —le dijo Sofía—. Nosotros siempre te vamos a proteger.

El viento sacudía las mechas puntudas del pelo de Bartolo.

—Tal vez si supiéramos de dónde vino...

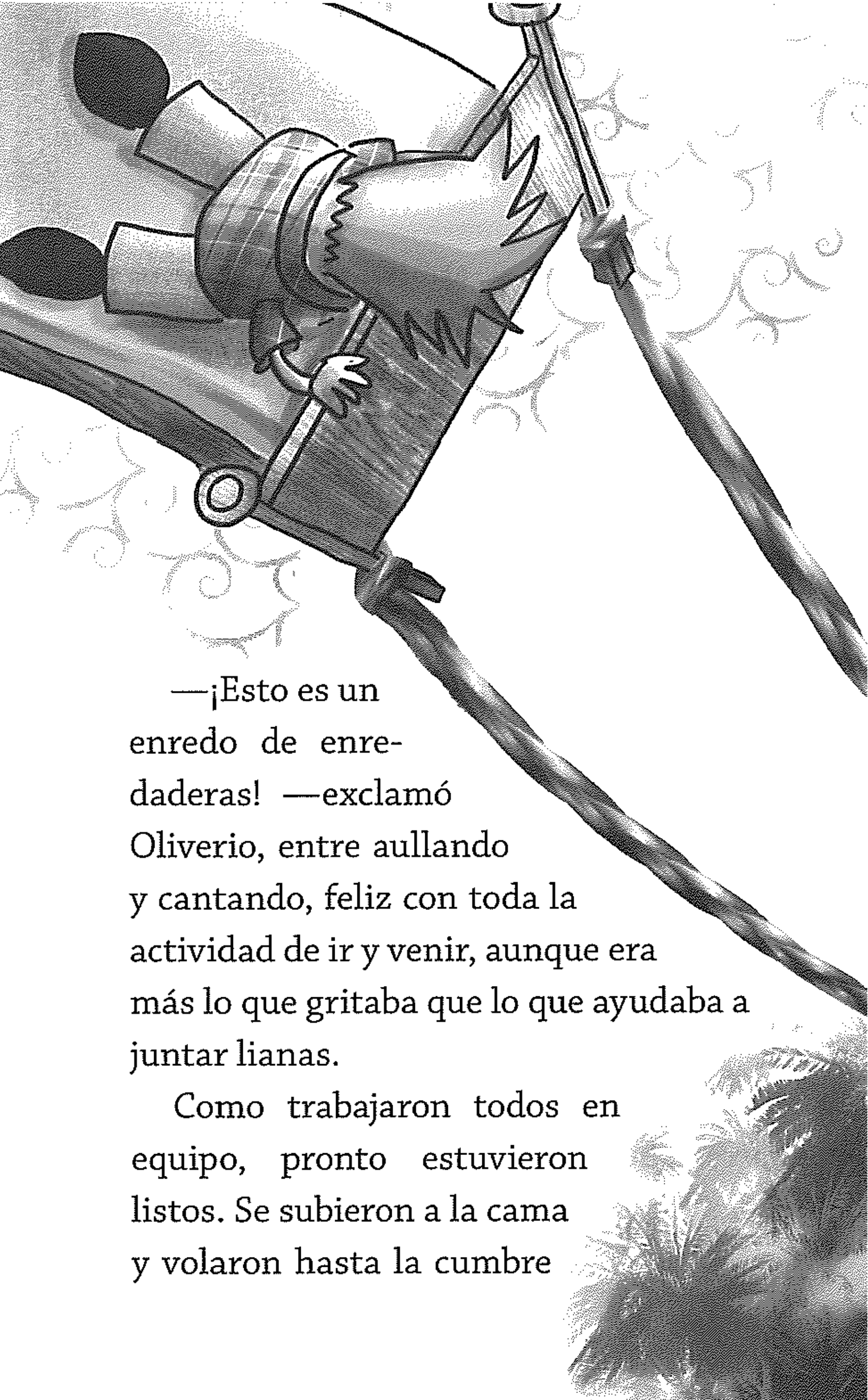
¿pero cómo? —meditó el niño capitán de la nave de madera.

—¡Ya llegamos! —anunció Fernando—. Aterriza cuando quieras, agente 00B.

Bartolo posó su mágico mueble en el suelo, muy suavemente, a los pies de la montaña Sauria.

De inmediato se pusieron a recolectar lianas que colgaban de los diversos árboles selváticos que los rodeaban. La vegetación era fabulosa y el suelo era blando, un poco porque era barro y otro poco por el musgo y las pequeñas plantas que crecían por todas partes. Los cocodrilos tenían botas, pero Sofía, Bartolo y Oliverio no, por eso les costaba caminar y se resbalaban a cada rato. Pero esto no les importó, tenían una misión que cumplir y habían dado su palabra.

Haciendo trenzas unieron las lianas para amarrar el enorme huevo. Así, Bartolo con su cama podrían tirarlo hacia afuera.



—¡Esto es un enredo de enredaderas! —exclamó Oliverio, entre aullando y cantando, feliz con toda la actividad de ir y venir, aunque era más lo que gritaba que lo que ayudaba a juntar lianas.

Como trabajaron todos en equipo, pronto estuvieron listos. Se subieron a la cama y volaron hasta la cumbre

del volcán. Después de un rato, muchas lianas rodeaban el huevo y todas estaban amarradas a las patas de la cama mágica de Bartolo.

—¿Estás preparado? —le preguntó Fernando a Bartolo.

—Sí, amigos cocodrilos —respondió él—. Haré mi mayor esfuerzo, pero es mi cama la que se llevará la mayor parte del trabajo.

—Muy bien —dijo Bernardo—. Ahora vamos a contar desde uno hasta como ocho mil y ahí tú sales volando.

Bartolo sonrió.



—¿No será suficiente contar hasta tres? Con eso basta.

—Muy bien —dijo Bernardo—. Esa también es una opción, aunque contar hasta como ocho mil es muy entretenido, yo lo hago muy a menudo. Bueno, entonces, ¡a la

una, a las dos y a las...!

—¡Tres! —dijeron todos al mismo tiempo.

Bartolo y su cama se elevaron a máxima potencia. Las lianas primero estaban lacias, pero después se tensaron con la fuerza que hacía el mueble volador. El niño aventurero tenía la cara roja de tan concentrado que estaba y la cama tiritaba con la fuerza que hacía.

—¡Vamos, Bartolo, tú puedes! ¡Dale, cama mágica, con toda tu potencia! —les decían desde abajo Sofía, Oliverio, Bernardo y Fernando.

Pero todo fue en vano. Las trenzas de lianas no resistieron y comenzaron a cortarse, una tras otra. El huevo apenas se movió y quedó de nuevo en el mismo lugar que antes,

sentado sobre el cráter de la montaña Sauria.

Bartolo volvió donde sus amigos y aterrizó. Tanto él como la cama venían exhaustos.

—Perdónenme, no lo pudimos lograr —dijo el niño con la voz entrecortada—. Es un objeto sumamente pesado. Yo sospechaba que iba a ser difícil con este método.

Sofía se le acercó y le hizo cariño en la espalda.

—Está bien, Bartolo, tú y tu cama hicieron su mayor esfuerzo y eso es lo que importa. Podemos pensar en otro plan.

Bartolo miró los ojos de Sofía y quedó pasmado con su brillo. Eran los rayos del sol que se reflejaban y la hacían ver más bonita aún.

—Tienes razón, podemos pensar en algún otro plan; por ejemplo, empujar el huevo por debajo del volcán. Nosotros ya tenemos experiencia con algo parecido.

Bernardo saltó apoyándose en su cola de lo contento que estaba.

—¡Sí, sí, sí! —chilló—. Me encantan los

planes secretos, aunque los conozca todo el mundo.

Y escribió en su libreta:

El escolar sabe acerca de meteoritos y volcanes tapados

—Pero hay un problema —dijo Fernando—. El algodón de dulce que cubre toda la parte inferior de nuestra isla es casi impenetrable. Necesitaríamos una máquina especial o un animal glotón que fuera capaz de comerse el algodón y así hacer un túnel.

—¿Un animal glotón? —preguntó Bartolo, mirando al zorro.

Entonces, él y Sofía exclamaron al mismo tiempo:

—¡Oliverio!

—Sí, Oliverio es capaz de comer cantidades increíbles de golosinas y alimentos de todo tipo —dijo Sofía.

El zorro levantó los brazos como gimnasta olímpico.

—Es verdad verdadera de verdura. Soy

un animal, mejor dicho, un ani-bien goloso y glotonoso.

—Entonces, ¡vamos a la aventura! ¿Les parece? —les preguntó Bartolo a los cocodrilos agentes secretos.

Fernando y Bernardo caminaron para alejarse un poco y se dijeron cosas secretas al oído. Luego volvieron.

—Tuvimos una reunión secreta en un lugar secreto —dijo Bernardo.

—Pero si nosotros los vivimos con nuestros piropos ojales —les explicó Oliverio, tratando de decir «los vimos con nuestros propios ojos».

—Bueno, esta vez no fue tan secreta que digamos —intervino Fernando—. Pero lo importante es que estamos de acuerdo.

—¡Muy bien, entonces subamos todos a la cama mágica! —exclamó Bartolo—. ¡La odisea continúa!

Oliverio apuntó con su brazo hacia el cielo.

—¡Sí, los liceos con tiña dura!

Algodón de dulce

Bartolo y sus amigos volaron sobre la cama mágica y dieron la vuelta a la isla, desde la montaña Sauria, donde estaba atascada la roca (o meteorito, o huevo, o lo que fuera), y llegaron a la parte inferior, que era un manto de un rosado pálido.

—¡Qué suave se ve! —dijo Sofía, admirada.

—Y es delicioso —comentó uno de los cocodrilos, que en realidad no se sabía cuál de los dos había sido, porque eran muy parecidos.

Bartolo estacionó la cama en el aire justo debajo del algodón. Hacia abajo se veía el mar a una distancia muy grande, estaban realmente en las alturas.

—Tengan mucho cuidado, no quiero que ninguno se caiga, es muy peligroso.

—Tranquilo, niño Bartolo —le dijo Oliverio—. No nos vamos a recaer, porque el algo don es más pegajoso que peligroso.

Y era verdad; de hecho, la cama se había quedado pegada por una esquina al algodón de dulce. Tal vez quería probarlo.

—Bueno, mi Oliverio precioso —dijo Sofía—. Ahora te toca a ti. Puedes comer todo lo que quieras y así vas haciendo un túnel hacia arriba. Nosotros te seguiremos.

—¿Ahora vamos a contar hasta como ocho mil? —preguntó Bernardo con toda ingenuidad y poniendo sus ojos amarillos un poco cerrados para verse más tierno.

—No creo que sea necesario —dijo Bartolo—. Mira, Oliverio ya empezó con su trabajo.

Y era exactamente lo que estaba ocurriendo. El zorro tragaba abriendo y cerrando su hocico como si fuera un personaje de

juego de computador, mientras los demás fueron siguiéndolo de rodillas por el túnel que dejaba a su paso. Se pegaban un poco al algodón de dulce, pero no era un gran problema, porque aprovechaban de comer también. Así abrían más espacio para que pudiera entrar la cama, que apenas cabía y venía toda encogida para poder pasar.

—¡No doy más! —clamó Oliverio—. Es mucho albondigón dulce, incluso para un zorrito goloso como yo.

—Está bien —dijo Bartolo—. Tomemos un descanso.

—Sí, y también podríamos retomar un poco de bebida, porque estoy reseco —dijo el zorro, que tenía su panza ya bastante abultada.

—¿Adulta hada? —preguntó Oliverio—. Pero si ni siquiera llevo la mitad de lo que tengo que zampar.

—¿Con quién hablas, mi zorrito regalón? —le preguntó Sofía, haciéndole cariño.

—¿Cómo que con quién hablo, Sofi? Con el señor que descuenta lo que va pasando, con el narrativo.

—¿Con el narrador? Qué raro, porque en la vida real no hay un narrador que vaya contando la historia. Eso podría pasar solamente si estuviéramos en un libro. Qué genial sería, ¿cierto?

—¡Zas-tamente! —dijo el animal, comunicativo.

—¡Hey, faltamos nosotros! —dijo Fernando.

Entonces, Oliverio comió un poco más por rededor, formando un pequeño habitáculo donde cabían los cinco más la cama.

Era una situación casi indescriptible, pero se hará el intento: todo estaba rodeado del algodón de dulce rosado y era muy suave, esponjoso y un poco pegajoso. Sus ropas estaban manchadas y sus bocas también. Había un silencio impresionante, solemne. Les llegaba una luz acogedora y tibia. Se sentían

como si estuvieran en otro mundo, o mejor dicho, en un sueño. Era un lugar muy tranquilo, protegido y lleno de paz. Casi se les olvida su misión, porque a todos les dieron ganas de dormir. Sentían un cansancio rico después del esfuerzo. Todo parecía nublarse en la nube rosada de algodón de dulce.

—Sofía —dijo Bartolo, bostezando.

—Dime, Bartolo —le respondió ella con los párpados medio cerrados.

—Te quiero...

—¿¡Qué!? —exclamó ella y ahora sí que abrió sus ojos tan grandes que le quedaron casi redondos.

Bartolo se urgió, se le pusieron las mejillas rojas de vergüenza y se apresuró a completar la oración:

—Te quiero decir que todavía tengo dudas con respecto a ese huevo. Incluso si logramos sacarlo. ¿Qué haremos con él?

—Es verdad —le respondió la niña—. Pero ahora descansemos, porque aún nos

quedan muchas hazañas —y se recostó sobre el algodón de dulce rosado, como si fuera el colchón más suave del mundo. Bartolo se acurrucó a su lado, cerró los ojos y una sonrisa llenó su cara.

—¡No se queden dormidos! —exclamó Fernando—. Todavía falta para llegar. Este algodón de dulce provoca una sensación de mucho relajo y también de sueño. Pero si nos quedamos aquí, no solucionaremos el problema. Y quién sabe, tal vez podríamos morir y quedar como momias atrapadas debajo de nuestra querida isla llamado Reptágono.

Oliverio se despabiló y se puso en marcha nuevamente como una máquina excavadora, tragando y tragando. Los demás lo siguieron, empujando las paredes del túnel y, claro, también comiendo un poco de algodón rosado. Así avanzaron hasta que finalmente el zorro mascó algo duro.

—¡Amigos aventureros! —exclamó—. ¡Parece que hemos arribado arriba! No sé si



es un huevo duro, pero en realidad y en verdad es muy duro. Al menos su cascarrabias.

Sofía sonrió y le hizo cariño, rascándole los pelos de debajo del hocico.

—Tienes toda la razón, mi Oliverio precioso —dijo—. Su cáscara es dura, pero no creo que sea un huevo duro.

Bernardo se acercó a Bartolo con disimulo. Se acomodó el nudo de su corbata negra y le habló entre dientes, que por tratarse de



un cocodrilo con 66 dientes era una forma muy especial de hablar.

—Ahora viene la parte en donde la cama empuja y todos ayudamos, ¿verdad? —le dijo, mirando para todos lados, de modo que nadie se diera cuenta de la conversación y así fuera un diálogo secreto.

—¡*Sí*, ahora a empujar el huevo con todas nuestras fuerzas! —gritó el niño héroe.

—¡Pero, agente 00B, esa era una conversación secreta! —pataleó Bernardo—. Parece que ustedes no tienen mucha experiencia como investigadores.

—Calma, Bernardo —le dijo Fernando—. Recuerda que son aprendices, no tienen la experiencia que tenemos nosotros.

Entonces, la cama se acercó al huevo hasta toparlo, pero sin romperlo. Todos los demás se pusieron alrededor a empujar.

—¡Vamos, que se puede! —dijo Bartolo con la cara roja por el esfuerzo.

—¡Sí, vamos, con todas nuestras fuerzas! —dijo Fernando con la cara verde, porque no le cambiaba de color, por mucho esfuerzo que hiciera.

Empujaron hasta casi desmayarse, pero el huevo se movió apenas unos milímetros y volvió a sentarse en su lugar.

Los agotados paladines de la justicia se sentaron para descansar.

—¡Qué lástima! —dijo Sofía—. Era un

plan tan bueno. ¿Y ahora qué haremos?

Bartolo puso su cara pensativa nuevamente.

—Tengo una idea, pero debemos volver a la superficie de la isla voladora.

—¿Cuál idea? —le preguntó Sofía.

—Vamos y allá les cuento. Por ahora, digamos que es una idea secreta.

—¡Una idea secreta! —gritó Bernardo, rodando por todo el algodón de dulce—. ¡Gracias, gracias por darnos una idea secreta! ¡Nos encantan los secretos, incluso si nosotros mismos no los sabemos!

Así fue como los personajes agentes secretos dieron marcha atrás y volvieron volando hasta el pueblo de los cocodrilos mágicos. La aventura continuaba y, al parecer, Bartolo era quien tenía la respuesta al enigma.

¿Invasión espacial?

Cuando los viajeros retornaron, los cocodrilos del pueblo estaban muy desilusionados, ya que el huevo apenas se había movido un par de veces y nada más. Incluso algunos lloraban lágrimas de cocodrilo, que es un tipo muy particular de lágrima.

—¿Qué les pasa? —preguntó Bartolo, atónito.

—¡Es lo peor que nos puede haber pasado! —dijo un cocodrilo que estaba de rodillas en el suelo, lamentándose.

Otro estaba acostado y movía la cola de un lado para otro.

—Nuestra montaña Sauria va a quedar para siempre con ese tapón gigante y nunca más podremos hacer el fiestón del algodón

de dulce. Es lo peor que nos ha pasado en la vida —dijo.

—¡Buaaa! —lloraron todos.

—Tranquilos —dijo Sofía—. Bartolo tiene una idea y nos la va a explicar ahora.

Entonces, todos los cocodrilos se pusieron inmediatamente a saltar de felicidad.

—¡Tiene una idea, tiene una idea, es lo mejor que nos ha pasado en la vida!

—No sean tan exagerados —dijo Fernando— y escuchemos a Bartolo.

El niño se subió a una roca para que todos lo pudieran escuchar bien.

—He estado meditando acerca del objeto que tapa el volcán y sigo pensando que es un huevo. Pero claro, no es un huevo común y corriente, sino uno que llegó volando del espacio exterior. Entonces, tal vez podemos mirar con un telescopio hacia el lugar desde donde vino. Tengo el presentimiento de que si hacemos eso, tendremos información que nos será muy útil.

—¿Te refieres a información clasificada? —preguntó sonriendo Bernardo—. ¡Fantástico, es nuestro tipo de información favorita!

—Bueno, yo más bien pensaba que si hay un huevo perdido, en alguna parte debe haber una madre buscándolo, pero comprendo que a ustedes les gusta mucho todo esto de los agentes secretos.

Oliverio se trepó a la roca y abrazó a Bartolo tan fuerte que los dos cayeron de cabeza al suelo.

—¡Zas-tamente, podemos usar un superlescopio para admirar desde muy lejos!

Sofía los ayudó a levantarse.

—No, Oliverio, se llama telescopio —dijo y luego le habló a los cocodrilos—: ¿Ustedes, por casualidad, no tienen un telescopio?

Bernardo contestó mirando el suelo mientras hacía dibujos en el barro con las uñas de su pata.

—Emmm... telescopio no tenemos, pero sí un superlescopio.

—¿Ven? —dijo el zorro—. ¡Yo les dije!

—Esta vez tienes toda la razón —dijo Bartolo sorprendido.

—¿Y dónde está? —preguntó Sofía.

—En nuestro observatorio espacial. Queda aquí a la vuelta de la esquina.

—Qué suerte —dijo Bartolo—. Porque venimos muy cansados.

—Entonces, tienen que comer —dijo una cocodrila—. Les daremos un rico té con tortas y helado.

Sofía, Bartolo, Oliverio, Fernando y Bernardo se agarraron sus respectivos abdómenes al mismo tiempo.

—No, muchas gracias —dijo Fernando—. La verdad es que comimos mucho algodón de dulce y estamos rellenos.

Después de agradecer la cortesía, pero sin probar un bocado de nada, caminaron hasta el observatorio donde estaba el superlescopio.

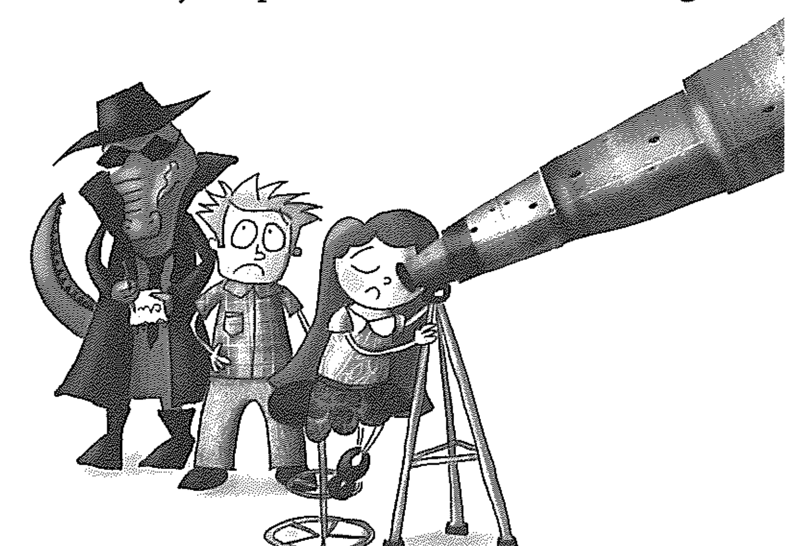
—¡Guau! —exclamó Bartolo—. ¡Es impresionante!

Frente a ellos había un telescopio gigante junto a una silla para observar por la mira.

—Ahora debemos apuntarlo hacia el lugar desde donde vino el huevo —aportó Sofía—. ¿Desde dónde cayó? —le preguntó a los cocodrilos.

Todos los cocodrilos apuntaron con sus garras hacia un punto en el cielo.

—¡Desde allá! —dijeron a coro. Entonces, Sofía se sentó en la silla y con toda delicadeza fue ajustando el superlescopio para que apuntase en la dirección que le habían dicho los reptiles. Pasaron unos cuantos segundos en silencio y de pronto Sofía identificó algo.



Todos estaban en ascuas y en puntillas de tantos nervios.

—Es el planeta Marte —dijo ella, muy contenta de poder identificarlo.

Oliverio aplaudió.



—Qué bueno, porque podría haber sido el planeta Miércole o el Jueve.

Los cocodrilos sacaron sus libretas y anotaron:

Planeta Marte y el zorro
no sabe los días de la semana

De pronto, la cara de la niña cambió. Ya no mostraba satisfacción, sino horror.

—¡Oh, no! —exclamó Sofía y se cayó de espaldas de la silla.

Bartolo corrió a recogerla.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—¡No puede ser, no lo puedo creer! —gritó ella, angustiada—. Mira por el lente del superlescopio.

Bartolo se acercó al aparato, levantó la silla y observó por la mira. Primero le costó un poco enfocar, pero después vio claramente. Era un letrero gigante.



—¡Oh, no! —exclamaron todos juntos.

Entonces, Fernando, el agente 0067, miró por el lente con detención.

—Vengan, miren, fíjense —llamó a los demás—. Ellos también tienen un superlescopio.

Sofía volvió a sentarse y con las manos tiritando ajustó el lente para mirar bien.

—Es verdad —confirmó la niña—. Si ellos tienen un telescopio o superlescopio o como se llame, entonces podemos enviarles un mensaje de vuelta, para que no nos invadan, porque si no...

—¿Si no qué? —preguntó Bernardo. Bartolo fue el que contestó:

—Si no, puede ser el final del mundo tal como lo conocemos.

—No entiendo —dijo Oliverio—. ¿Cómo conoces tú el mundo?

Sofía se acercó para explicarle:

—Bartolo quiere decir que podrían venir los marcianos a hacernos ¡cataplum!

—Oh, eso sí lo puedo entender —dijo el zorro—. Y ¡oh, eso es algo terrible-sísimo!

—¿Qué haremos, qué haremos? —preguntaba Bernardo, saltando alrededor de los demás.

Bartolo se puso muy serio y habló pausadamente:

—Debemos pintar un cartel para responderles, así ellos podrán verlo con su telescopio. Tenemos que hacerles entender que no pretendemos hacerle nada malo al huevo. ¿Les parece bien?

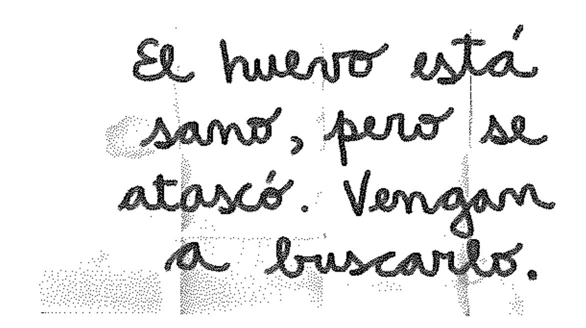
—¡Sí! —dijeron todos.

Entonces, salieron del observatorio y se pusieron manos a la obra. Tenían que con-

vencer a los extraterrestres de no atacar el planeta Tierra.

Entre todos juntaron hojas en blanco y las pegaron para hacer un letrero gigante. Luego, usaron muchos tarros de pintura para escribir el mensaje que enviarían a los marcianos. 75

Finalmente, terminaron el cartel, lo extendieron y en él se leía:



—Con eso yo creo que les va a quedar claro que somos pacíficos —dijo Fernando.

—Y eso que restamos sobre el Atlántico —completó Oliverio.

Corrieron al observatorio y quedaron im-

presionados, porque ya había una respuesta. Y quedaron más impresionados aún porque la respuesta era:



Dinosaurios espaciales

Todos en la isla voladora llamada Reptágono estaban horrorizados.

—¡Qué haremos, Bartolo! —le dijo Sofía, abrazándolo.

—No lo sé, querida Sofía, nunca me imaginé que los marcianos fueran violentos, yo pensaba que serían tranquilos y bondadosos.

Pero en ese momento, Bernardo se quitó sus anteojos de sol y se quedó mirando hacia la cúspide de la montaña Sauria con sus ojos amarillos.

—¿Qué ocurre, agente 0066? —le preguntó Fernando.

El cuerpo verde de Bernardo tiritaba por completo.

—Miren hacia el objeto espacial no identificado. ¡Se ha hecho trizas!

Los demás miraron y quedaron estupefactos.

—No se hizo trizas, Bernardo, no seas tan exagerado —lo corrigió Fernando—. Pero sí tiene una trizadura que no tenía antes.

Y era cierto. Una trizadura había aparecido en la parte superior del huevo.

Entonces, se escuchó un sonido grave y la tierra retumbó. Otra trizadura apareció y luego otra y otra más. La tierra temblaba tanto, que Sofía tuvo que afirmarse en Bartolo y Oliverio corrió a abrazar a Sofía. Fue un momento de mucho suspenso. No sabían qué esperar.

—Si ese huevo espacio-sideral vuelve a retumbar, esta ínsula va a ser nuestra retumba —dijo el zorro.

—Si quieren yo puedo ir a ver qué es lo que ocurre desde más cerca con mi cama mágica —propuso Bartolo.

Sofía se preocupó.

—¡No! —exclamó—. Es muy peligroso. Además que fíjate, ya está a punto de romperse el cascarón.

Efectivamente, la cáscara del huevo se rompió y desde su interior apareció un animal inmenso, que era como un reptil, incluso se diría que parecido a un cocodrilo, pero en gigante.

—¡Es un dinosaurio! —exclamó Bartolo en medio del ruido de rocas cayendo montaña abajo.

Oliverio saltó de felicidad.

—¿Vieron que había un dinosaurio en todo esto? —preguntó sonriendo—. Yo lo sos-pelechaba desde el principito.

El animal extraterrestre era enorme, pero era un recién nacido, por lo que lo primero que hizo fue... llorar. ¡Y cómo lloró!

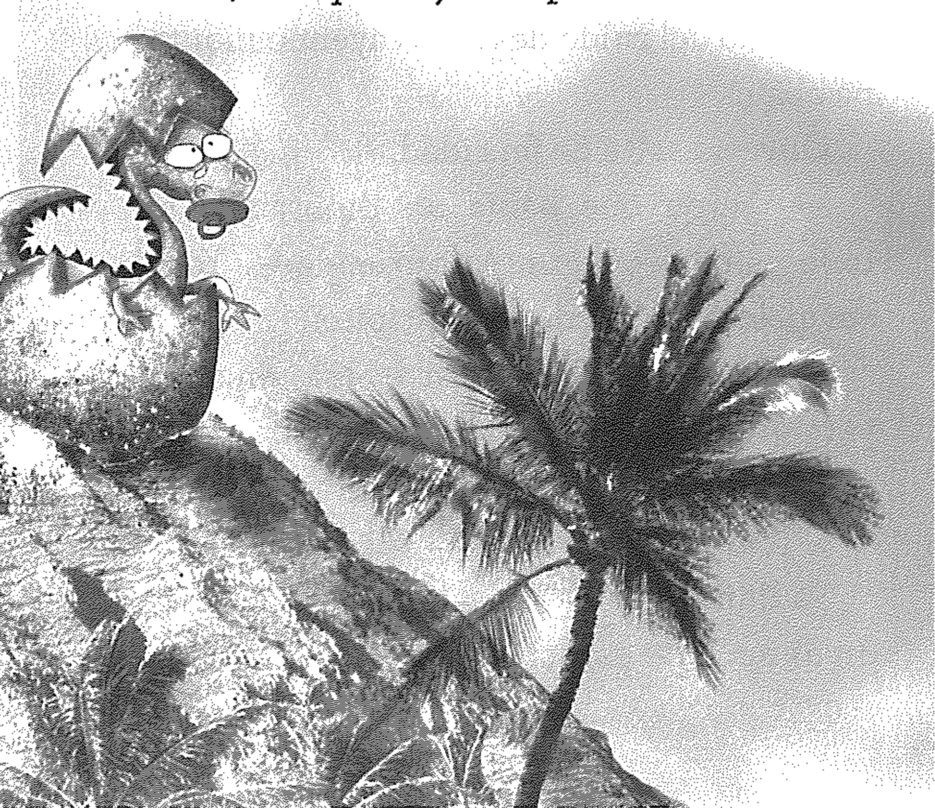
—¡Buuuaaa!

Su llanto era lo que se podría esperar de un dinosaurio espacial.

—¡Nos va a comer! —gritó Bernardo, preparándose para huir—. ¡Nos va a tragar, a zampar, a mascar y a mordisquear!

—Tranquilo, Bernardo —le dijo el agente 0067—. Será un monstruo espacial, pero se trata simplemente de un cachorro recién nacido.

Cuando el dinosaurio extraterrestre terminó de salir, el huevo sí estaba hecho trizas, las que cayeron por el cráter de la



montaña Sauria, precipitándose desde las alturas hasta el océano Atlántico.

Entonces, el reptil comenzó a bajar de la montaña y la verdad es que se veía ham-



briento. Tal vez, Bernardo tenía toda la razón y se los comería a todos como bombones, uno por uno.

Pero en ese preciso instante, una sombra cubrió la isla completa. Era una sombra más grande que todo el Reptágono.

Todos miraron hacia arriba y vieron que se trataba de una colosal y descomunal nave espacial, tal cual.

Los cocodrilos escribieron en sus agendas:

Estamos fritos. Llegó el fin

La nave se quedó detenida y unos segundos después se abrió una compuerta monumental.

—¡La invasión, la invasión! —gritaba Bernardo a todo pulmón.

—Abrázame, Sofía —dijo Bartolo.

—Sí, ¡abrázame, Bartolo! —le respondió ella.

—Hay brazos para todos —dijo Oliverio y se les tiró encima.

Y el zorro estaba en lo cierto. Todos se abrazaban esperando qué cosa iba a salir de aquel platillo volador.

—¡Es una dinosauria gigante del espacio! —gritó Bernardo, sacudiendo sus fauces al viento.

Lo que decía Bernardo era exacto. Una especie de reptil, como un dinosaurio, bajaba la escala hasta pisar el suelo blando de la isla con sus garras descomunales.

Todos esperaban lo peor.

—Hola, queridos amigos, ¿cómo están? —habló el monstruo del espacio con una voz dulce y melodiosa—. Yo soy la mamá de Reptilongo y me llamo Dinocracia.

Los que esperaban lo peor, que eran todos, ahora respiraron aliviados.

—¡Fiuuu! —salió el aire de sus pulmones.

Sofía fue la primera en atreverse a hablar:

—Ho-ho-hola —dijo con voz insegura—. No-no-nosotros somos pacíficos. Su hijo

acaba de nacer. El huevo había caído en el cráter del volcán, por eso estaba atascado.

—Sí, y nosotros hicimos todo lo posible por sacarlo, incluso trajimos a más agentes secretos para que nos ayudaran. Tratamos por arriba y por abajo, pero no nos resultó.

—¡Ay, no se preocupen! Todo lo contrario, les pido disculpas —dijo la marciana con voz de mamá—. Es el hermano mayor de Reptilongo, que se llama Natresaurio, que por hacerse el gracioso lo lanzó al espacio y vino a caer acá. Muchas gracias por cuidarlo.

Fernando se acercó un par de pasos a la dinosauria.

—Es decir que, ¿no nos van a invadir?

—¿Invadirlos? —preguntó ella, sorprendida—. ¡No, cómo se les ocurre! Ustedes son muy queridos en todo Marte y con mayor razón ustedes los cocodrilos, que son nuestros parientes.

—¿¡Qué!? —gritó Bernardo, consterna-

do—. ¿Nosotros, los cocodrilos, parientes de los extraterrestres, específicamente de los marcianos?

La dinosauria tomó a Reptilongo y lo acurrucó antes de responder:

—Sí, déjame que te cuente. Hace unos cuantos miles de años vino un meteorito...

—¡Sí, yo lo sé! —interrumpió Bartolo—. Lo aprendí en el colegio, así fue como se extinguieron los dinosaurios. Cayó un meteorito y se murieron todos.

—No todos —dijo ella, sonriendo con un hocico de quizás cuántos dientes—. Cuando supimos que venía el meteorito, nos pusimos a trabajar y alcanzamos a construir una nave arca para viajar a Marte. Así se salvaron nuestros antepasados y nosotros poblamos el planeta rojo.

Bartolo tenía su mente llena de dudas y preguntas. Casi no sabía por cuál comenzar, pero finalmente se decidió:

—¿Por qué fueron a Marte y no a la Luna,

que queda mucho más cerca?

—¡Ay, no, hijo mío! —dijo ella, tapándose los ojos con una de sus garras—. Porque la Luna ya está demasiado llena. No cabe un alfiler, mucho menos dinosaurios gigantes como somos nosotros.

Fernando avanzó aún más y habló con seriedad. Al parecer, no estaba del todo tranquilo.

—¿Y por qué nos mostraron esos letreros en donde decían que nos iban a invadir?

La dinosauria espacial dio un suspiro que pareció como un huracán y los dejó a todos peinados para atrás. Bueno, a los que tenían pelos, porque los cocodrilos tienen escamas.

—¡Ay, ese Natresaurio, siempre con sus travesuras! Les pido mil perdones, se debe haber puesto a jugar con los plumones. ¿Ustedes lo vieron por un telescopio?

—Sí y no —dijo Bernardo—, porque el nuestro es un superlescopio.

—Ah, qué fantástico y qué ternura de co-

codrilito —dijo y le hizo cariño en la cabeza, sacudiéndole su sombrero negro—. Son tan pequeñitos.

—Sí, eso también —preguntó Sofía—. ¿Por qué son tan gigantes? Son mucho más grandes que los fósiles que se han encontrado en la Tierra.

—Buena pregunta, niña inteligente —dijo la marciana—. Es por una cosa de la atmósfera, ¿o era de la masa del planeta? Bueno, nuestros antepasados eran más chicos, pero al avanzar las generaciones nos fuimos poniendo cada vez más grandes. ¿Tienen alguna otra pregunta?

Todos pensaron rascándose las cabezas. Incluso Oliverio se rascaba su cabeza con una mano y con la otra le rascaba la cabeza a Bartolo, a ver si se les ocurría algo más.

—No, nada —dijo Sofía—. Que tengan buen viaje de regreso. Fue un gusto haberlos conocido.

—Sí, para mí también fue una linda ex-

periencia conocerlos a ustedes y a su planeta. ¿Qué les parecería ir a visitar Marte?

Todos se miraron entre ellos. A Bartolo casi se le caen los pelos de tanta emoción.

—¡A Marte! —exclamó entusiasmado.

La vuelta al mundo en un rato corto

A Bartolo le tiritaba la pera de la emoción de solo pensar en la posibilidad de viajar a Marte.

—Yo he estado con mi cama en el espacio, pero nunca he llegado a Marte.

—¡Sofi! —saltó Oliverio—. Bartolo nunca ha llegado a amarte, pero yo sí.

Sofía rio y luego le dijo:

—No seas celoso, si tú sabes que eres mi zorrito regalón —le dijo ella sonriendo, pero al mismo tiempo tomando de la mano a Bartolo.

—Bueno, ¿qué deciden? —preguntó la amable dinosauria marciana—. No es por apurarlos, pero ya debo darle su primera comida a Reptilongo. Y también tengo que

llamarle la atención a Natresaurio por casi causar el caos mundial.

Bartolo avanzó con pasos lentos hacia la extraterrestre bondadosa. Arrastraba los zapatos y caminaba cabizbajo. Cuando estuvo muy cerca, levantó la frente y por fin habló:

—Yo no puedo, hice un compromiso conmigo mismo de volver a mi casa antes del anochecer. Me encantaría ir, pero no puedo.

La dinosauria se enterneció y le hizo cariño en sus pelos pinchudos con su gran garra verde.

—¿Ni siquiera dar una vueltecita alrededor del planeta Tierra? Yo los paso a dejar a sus casas.

A Bartolo se le iluminó la cara.

—¡Sí, buena idea! ¡Gracias! —exclamó, saltando en un pie y después en el otro—. ¡Yupi, andar en nave espacial!

—Sí, nosotros le hemos dado vueltas a Edmundo, pero arriba de nuestra súper

mega atómica cama que revolotea —dijo Oliverio.

Los cinco personajes principales de la aventura se despidieron de los otros cocodrilos y subieron uno tras otro al platillo volador. También se subió la cama, que parecía de juguete al lado del inmenso vehículo intergaláctico.

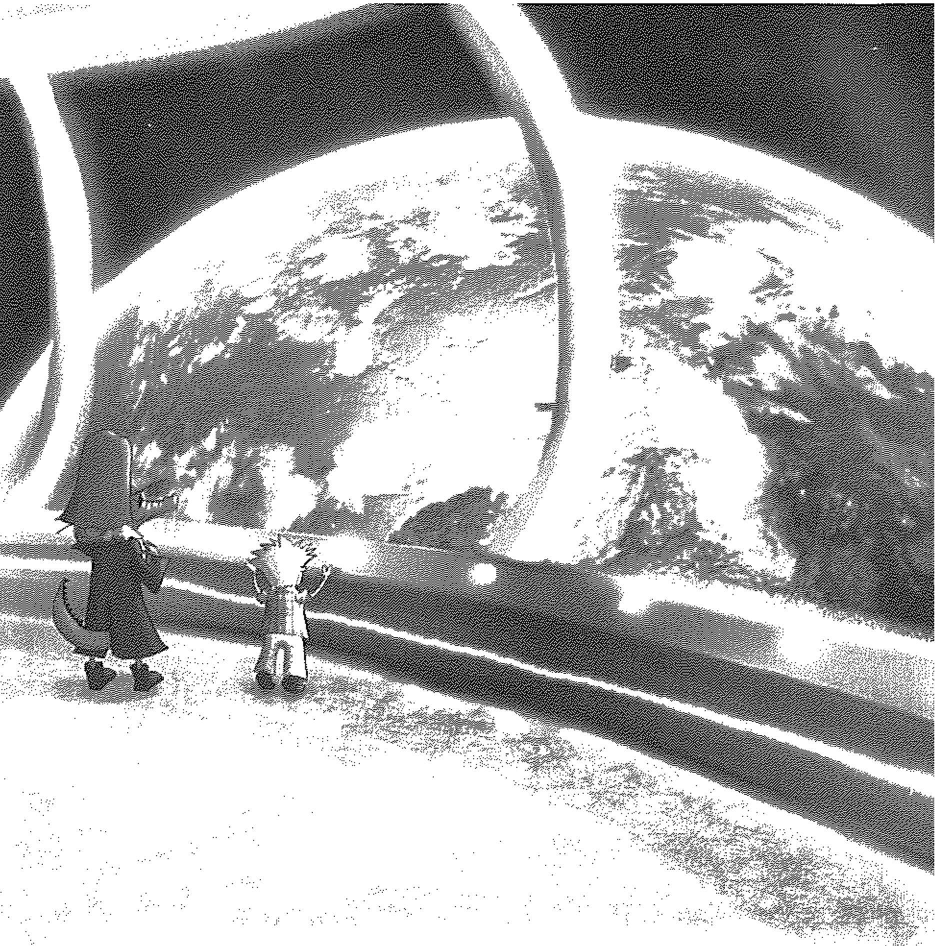
Bernardo se apuró en sacar su libreta y buscó una hoja en donde ya tenía anotado:

Viajar en nave espacial

—Ya logré una más de las cosas que quiero hacer en mi vida —dijo con voz de triunfo—. Las tengo anotadas en mi libreta y las marco cuando las consigo realizar.

La sala de comando era gigantesca, llena de controles, botones y perillas por todos lados. Los botones eran tan grandes, que Bartolo pensó que podría usar uno como asiento, para así estar cerca del parabrisas y tener la mejor vista posible.

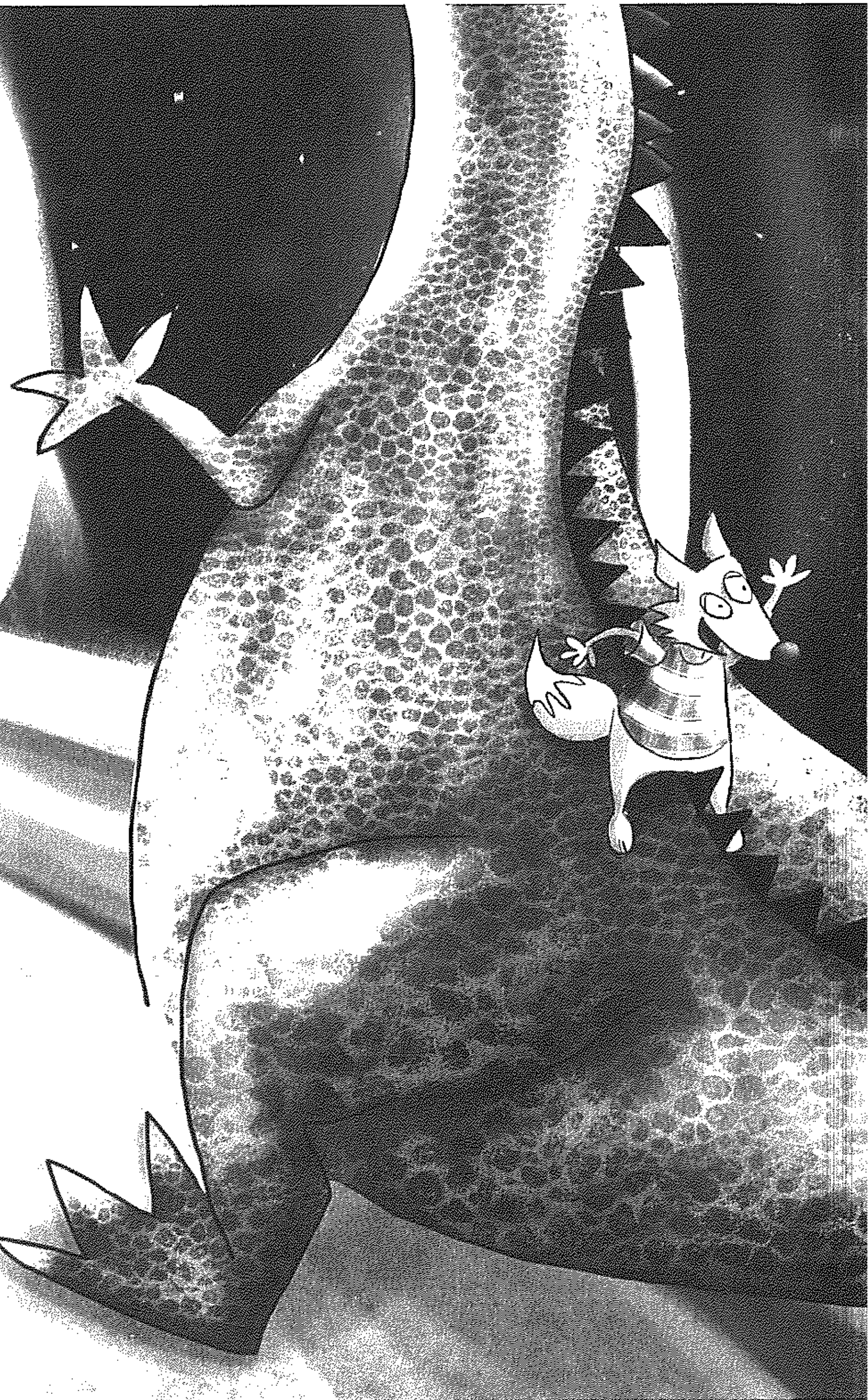
—¡No, cuidado, no te sientes ahí! —ex-



clamó la mamá dinosauria—. ¡Ese es el botón de autodestrucción!

Bartolo estaba a punto de sentarse, pero por suerte alcanzó a reaccionar y de un salto se alejó del botón rojo, de esta forma no lo presionó, lo cual habría sido fatal.

—Niño Bartolo —le dijo Oliverio—. Esta vez fuiste tú el que casi hace la destrucción



de autos. Casi siempre soy yo, pero ahora te retocó a ti. La próxima quizás me retoque a mí de nuevo y nuevamente.

Bartolo se rio y le dio unas palmadas en la espalda a su gran amigo zorro.

Entonces, despegaron y se elevaron por el cielo. Hasta la cama miraba maravillada por la ventana. Pasaron por encima del Amazonas, después dieron una vuelta por Rusia, siguiendo por Europa para terminar de vuelta en Sudamérica, en el país flaco y largo llamado Chile.

La dinosauria marciana aterrizó con gran habilidad en medio del Estadio Nacional.

—¿Quedan bien aquí? —les preguntó—. Es que cuesta tanto encontrar estacionamiento.

—Sí, aquí estamos perfecto —respondió Sofía—. Nos volvemos a nuestras casas en Metro.

—Muchas gracias por el paseo —dijo Bartolo.

—¡Ay, no digas nada! —dijo la extraterrestre—. Muchas gracias a ustedes por cuidar a Reptilongo. Y no se preocupen porque le voy a llamar la atención a Natresaurio para que nunca más ande jugando a la guerra interplanetaria. Tomen, les daré una galletita, las horneé yo misma.

Entonces, la dinosauria sacó una galleta gigante y se las entregó. Era tan grande que tuvieron que cargarla entre los tres.

—Gracias —dijo Sofía, transpirando del esfuerzo por sujetar la galleta.

—Pero eso es muy poco, les daré una para cada uno.

—¡No! —exclamó Bartolo, pero luego bajó la voz, porque era un niño muy educado y no un gritón—. No, muchas gracias, con esto es suficiente para nosotros, la compartiremos.

Y así lo hicieron. La partieron en tres pedazos, la mitad para Oliverio, un cuarto para Sofía y el otro cuarto para Bartolo. Así

y todo, apenas les cabían los trozos debajo del brazo.

—¡Buuuaaa!

—Ya, ya, Reptilongo, ya nos vamos y te voy a dar tu mamadera, pequeñín.

Los cocodrilos se acercaron a los humanos y al zorro.

—Nosotros queremos darle las gracias a ustedes —les dijo Fernando a Sofía, Bartolo y Oliverio—. Tienen muy bien ganada su fama. Los tendremos en nuestros corazones de reptil y siempre serán los agentes secretos 00B, 00S y 00O para nosotros —concluyó, dejando caer una lágrima que no era de cocodrilo, es decir, sí era de cocodrilo, pero era una lágrima real y no falsa.

Después de despedirse y agradecer, vieron cómo la nave despegaba y se alzaba sobre ellos, en dirección a la isla Reptágono, para pasar a dejar a los cocodrilos y luego dirigirse hacia el planeta Marte. Había sido un final espectacular para una aventura sin igual.

Oliverio, Sofía y Bartolo se fueron en el Metro. La gente iba muy preocupada de sus asuntos y no se fijaron en el zorro Oliverio, pero a algunos sí les llamó la atención los pedazos de galleta gigante. Al parecer, iban con hambruna después del trabajo.

De pronto, un niño se acercó a la galleta de Oliverio, estiró el cuello y abrió la boca.

—¡Grrr! —le gruñó el zorro y el niño se asustó y salió corriendo.

—¡Oliverio! —lo reprochó Sofía—. Eso no se hace. Hay que compartir.

—Perdona, Sofi —respondió el zorro arrepentido—. Es que es mi instinto animal.

El resto del viaje fue tranquilo y llegaron justo antes de que se pusiera el sol. Oliverio tomó su motocicleta, que estaba en la casa de Sofía, y puso su trozo de galleta amarrada en la parte de atrás.

Entonces, llegó el momento de la despedida.

—Hasta mañana, Sofía. Nos vemos en el

colegio —dijo Bartolo—. Y nos vemos pronto, Oliverio, que tengas buen viaje hasta la cordillera.

Entonces, Sofía se acercó a Bartolo y le dio un suave beso en la mejilla.

—Que duermas bien, Bartolo.

—Tú también, Sofía linda.

Oliverio se tapó los ojos.

—¡Ay, me dan vergüenza las cosas del amor! —exclamó.

Bartolo y Sofía rieron juntos. Los tres se abrazaron, felices de ser tan buenos amigos.

Así terminaron una más de sus grandes aventuras nuestros valerosos héroes. La mamá de Bartolo lo felicitó por llegar a la hora y todos vivieron felices y en paz para siempre.

Mauricio Paredes

Autor

Nació en Santiago de Chile el viernes 3 de noviembre de 1972. Cuando niño le gustaba jugar, leer, reírse, dibujar, escribir, conversar, cantar y comer chocolate; de grande también. En la universidad estudió Ingeniería eléctrica, pero después se le pelaron los cables e hizo cortocircuito; entonces decidió ser escritor.

A él le gusta que lo aplaudan, por eso ha hecho muchísimas presentaciones en diferentes pueblos, ciudades y países en los que se divierte junto a los niños, papás y profesores, conversan acerca de sus libros y de cómo disfrutar, cada día más, con la lectura. Sus sueños son inventar libros toda su vida y que a una calle le pongan su nombre.

En Santillana Infantil ha publicado *La cama mágica de Bartolo* (2002), *¡Ay, cuánto me quiero!* (2003), *Verónica la niña biónica* (2005), *Los sueños mágicos de Bartolo* (2006), *El festín de Agustín* (2006), *Cómo domesticar a tus papás* (2009), *Bartolo y los enfermos mágicos* (2011), *Mi hermano gigante* (2012), *Bartolo y los cocodrilos mágicos* (2013), *¡Ay, cuánto me vuelvo a querer!* (2014) y *Supertata vs. Míster Vil* (2017).

www.mauricioparedes.com

Verónica Laymuns

Ilustradora

Nació en Santiago de Chile en 1979. Es licenciada en Arte de la Pontificia Universidad Católica de Chile y profesora de educación media con mención en Artes Plásticas.
Ha enseñado Ilustración e Historia del Arte a nivel universitario. Actualmente se dedica a la pintura, la ilustración y el diseño gráfico. Ha ilustrado la mayoría de los libros de Mauricio Paredes.

www.laymuns.com



Índice

+8

Otros títulos de la serie

Jim Benton
Franny K. Stein. El monstruo de Calabaza

Franny K. Stein. El tiempo todo lo-cura

Sara Bertrand
Otelo y el hombre de piel azul

Esteban Cabezas
El horroroso monstruo lindo

Ann Cameron
El lugar más lindo del mundo

Paula Carrasco
Barcos que vuelan

Mario Carvajal y Víctor Hugo Riveros
Efraín en La Vega

Francisca Cortés Guarachi
La Maravillosa Macedonia

El regreso a la Maravillosa Macedonia. Una aventura tropical

Gillian Cross
La cabaña en el árbol

Roald Dahl
Agu Trot

El Superzorro

La Jirafa, el Pelícano y el Mono

Paula Danziger
¿Seguiremos siendo amigos?

Ámbar en cuarto y sin su amigo

Ámbar quiere buenas notas

Ana María del Río
La bruja bella y el solitario

La historia de Manú

Abby Hanlon
Dory Fantasmagori

Francisco Hinojosa
Ana, ¿verdad?

Ole Lund Kirkegaard
Otto es un rinoceronte

Ana María Machado
De carta en carta

Margaret Mahy
El secuestro de la bibliotecaria

Andrea Maturana
Siri y Mateo

Gabriela Mistral
Rondas, poemas y jugarretas

Christine Nöstlinger
Juan, Julia y Jericó

Mauricio Paredes
La cama mágica de Bartolo

Los sueños mágicos de Bartolo

Bartolo y los
enfermos mágicos

PePe Pelayo
Ada, madrina y otros seres

Ada y su Varita

Cuentos de Ada

Lucia Moñitos, corazón
de melón

Floridor Pérez
El que no corre vuela

La vuelta de Pedro Urdemales

Tomi Ungerer
Trémolo

José Ignacio Valenzuela
La calle más aburrida
del mundo

Aquí acaba este libro
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.
Aquí acaba este libro que tú has leído,
el libro que ya eres.





ISBN: 978-956-15-2712-6

NARRATIVA

Bartolo y los cocodrilos mágicos

Mauricio Paredes
Ilustraciones de Verónica Laymuns

Un huevo gigante atascado en el cráter de un volcán, dos cocodrilos con una misión súper secreta, una isla flotante y una inmensa nube de algodón de dulce... ¿Qué podría salir mal en esta historia? En esta oportunidad, nuestro querido Bartolo y su pandilla viajarán en la cama voladora directo hacia una nueva aventura en la isla Reptágono, donde les espera una sorpresa «de otro mundo».

¡*Zas-tamente*! El destacado *escritorio* Mauricio Paredes vuelve a fascinar a sus lectores con la curiosidad de Bartolo, la inteligencia de Sofía y el *ori-genial* zorro Oliverio.

